



MANIAC
EDICIONES

ROSANA ROMÁN

CANO

CANO

Juan José Cano, regresa a la prisión que ya conoce con la misma ropa con la que estuvo en el calabozo.

Antes de provocar su detención llevaba escondida en el doble del pantalón una pequeña bolsa que podría pasar por heroína. Pero se trata de arsénico adquirido en el mercado negro. Le han dicho que es incoloro, inodoro e insípido y le ha recordado las lecciones del colegio. Sin embargo, el polvo blanco es mucho más letal. Con una dosis basta, le aseguraron.

Al mediodía, a la hora de la comida, se presenta en el comedor y se acerca a Castro dócil, disculpándose porque le han detenido antes de conseguir completar el encargo que le hizo.

El enfado del hombre es descomunal y tiene que contenerse para no provocar la intervención de los funcionarios. A la hora del patio le van a buscar dos tipos que lo llevan hacía el rincón donde Castro le espera. Cano intenta frenar lo que se le viene encima.

—Antes de que digas nada, déjame explicarme.

—Vas a tener que explicarte mucho, inútil.

—Mira, Castro, que me hayan detenido ha sido una putada, pero te aseguro que no ha cambiado nada. Mi hermano sigue buscando tú móvil y en cuanto lo tenga me lo traerá personalmente a la prisión.

—¿Tengo que creerte?

—Sí, porque es verdad, ya casi lo ha localizado. Te dije que no estaba en el almacén de pruebas, pero le sigue la pista.

—Si vuelcan el contenido, ¿de qué me sirve que me traiga el móvil? Se trataba de que no lo detectaran ¡subnormal!

—Dame veinticuatro horas, Castro, por favor, él sabe lo que se juegan, no fallará. Si es necesario hará desaparecer los datos.

Castro sabe que, en cierto modo, depende de que un policía le haga el trabajo desde fuera. Si algo le pasa a su hermano ya puede despedirse de salir de prisión. Decide contenerse y darle el tiempo que pide. Para que no se relaje, lo coge del cuello y lo presiona contra el muro del patio.

—No juegues conmigo, Juanjo, te lo advierto.

Se está quedando sin aire, le estalla la cabeza mientras comprueba que el tipo cincuentón tiene mano de hierro. Por fin le libera y tose repetidamente para llevar el oxígeno al cerebro.

—No se me ocurriría —responde sumiso.

Se aleja. Su único consuelo es pensar que esta será la última vez que Castro le humille.

A la hora de la cena se sienta junto a Castro y sus matones. Espera el momento adecuado para utilizar el arsénico y, aunque sabe que es una jugada arriesgada, no le queda otra si quiere terminar con la amenaza que llevan días soportando él y toda su familia. Ha de esperar el momento adecuado, un pequeño revuelo que previamente ha tramado. Castro ha abusado de su poder dentro de la cárcel desde que entró y son muchos los que lo han sufrido en sus propias carnes. Cano lo sabe y no le cuesta mucho encontrar quien le ayude.

Está ya con el postre y todavía no ha tenido ocasión de verter el arsénico en su comida. Por suerte, hay flan y confía en que, si lo consigue, se disuelva con rapidez entre el caramelo líquido.

Por fin, al fondo del comedor, se oyen las voces de dos reclusos gritando por lo que parece una pelea por la comida. Han roto algún plato y protagonizan un fuerte escándalo en la sala. Castro envía a sus matones a

ver qué pasa. Juanjo se queda solo frente a él, como confiaba que pasara. Ahora solo le queda distraerlo y actuar con la máxima rapidez para que no desconfíe de ningún gesto.

Pero Castro no parece inmutarse y sigue sentado mientras termina el segundo plato. Juanjo se levanta y se pone la mano izquierda en la cabeza como si estuviera sorprendido por lo que ve. «Hostias», dice y provoca por fin que este se gire completamente para ver lo que parece una pelea cuerpo a cuerpo. Con la mano derecha vierte el contenido rápidamente y reza para que no se dé cuenta. Todo el mundo está mirando hacia el fondo del salón, cotilleando de cualquier cosa que, por un rato, rompa su rutina. Juanjo lo entretiene con su conversación antes de que vuelva a prestar atención a su bandeja. Los matones regresan y lo ponen al corriente: una pelea por el postre que uno le ha quitado a otro y han llegado a las manos antes de que los funcionarios los separen. Nada excepcional.

Juanjo ha terminado su postre y antes de marcharse necesita asegurarse de que Castro se come el suyo. En el fondo le recorre un remordimiento que debe controlar, no puede echarse atrás en el último momento. Si le avisa para que no se coma el flan, estará igualmente sentenciado. Nunca ha matado a nadie y jamás lo hubiera hecho a no ser porque el mafioso no le deja otra salida. Dirige su disgusto hacia el tipo para sentirse menos culpable.

Ve como el hombre termina el flan en tres cucharadas. No sabe cuánto va a tardar en hacer efecto el veneno y no quiere estar ahí cuando ocurra. Coge la bandeja y se va. «Castro es mala gente», se dice mientras se aleja hacia el patio con una sensación inmensa de liberación.